

Restaño sumariamente la sangre (el muchacho tiene el rostro blanco como un lirio).

Luego, antes de irme, abarco la escena en una ojeada, contento de absorberla íntegra,

Las caras, la variedad de los grupos, las actitudes que desafían toda descripción, la mayoría de los yacentes sumergidos en la sombra, algunos muertos,

Los cirujanos en tren de operar, los enfermeros con las luces, relentes de éter mezclados con olor de sangre,

Los montones de víctimas y los montones de cuerpos ensangrentados que llenan la iglesia y el atrio.

Unos acostados sobre las losas, otros sobre las tablas, y camillas;

Algunos sudando su agonía en los espasmos de la muerte,

De rato en rato, un gemido ó un grito, los médicos que llaman ú ordenan en alta voz,

Los pequeños instrumentos de acero relucen al paso de las antorchas,

Todo eso lo vuelvo á ver al releer este canto, re veo los cuerpos, aspiro aquel olor;

De pronto oigo fuera la voz de los jefes: *Formar filas, formar filas;*

Antes de salir me inclino hacia el niño que agoniza, sus ojos se abren y me sonríe á medias;

Después cierra los ojos, los cierra serenamente, y yo me lanzo á las tinieblas,

Para ocupar mi puesto, y marchar, marchar siempre bajo la noche, en las filas que avanzan,

Para seguir hollando la ruta desconocida.

Apartando con las manos la hierba de las praderas

Apartando con la mano la hierba de las praderas y respirando su olor característico.

Le pido concordancias espirituales;

Le pido el más copioso y estrecho compañerismo entre los hombres,

Le pido que se eleven las brizas de hierba de las palabras, de los actos, de los individuos,

Los del aire libre, rudos, asoleados, francos, nutricios,

Los que siguen su camino, con el torso recto, que avanzan con libertad y autoridad, los que preceden en vez de seguir,

Aquellos á quienes anima una audacia indomable, cuya carne es fuerte y pura, limpia de manchas,

Los que miran negligentemente en pleno rostro á los presidentes y á los gobernadores como para decirles: *¿Quién sois?*

Aquéllos, llenos de una pasión nacida de la tierra, los simples, los despreocupados, los insumisos,

Los de la América interior.

Ciudad de los navíos

¡Ciudad de los navíos!

¡Oh los navíos negros! ¡Oh los navíos indómitos!

¡Oh los espléndidos vapores y los veleros de afilada proa!

¡Ciudad de los éxodos!

Pues aquí concluyen todas las razas

Aquí todos los países de la tierra colaboran.

¡Ciudad del mar! ¡Ciudad de los flujos precipitados y cambiantes!

¡Ciudad en la que las mareas pulsan sin cesar, entrando y saliendo en torbellinos sembrados de remolinos y de espuma!

¡Ciudad de los muelles atestados de almacenes y de mercaderías!

¡Ciudad de las fachadas gigantes de mármol y de hierro!

¡Ciudad altiva y apasionada!

¡Ciudad fogosa, loca, extravagante!

De pie, ¡oh ciudad!

¡Tú no has sido hecha para la paz solamente; recuerda tu verdadero destino, de guerrera!

No tengas miedo.

No te sometás á otros modelos que los tuyos, ¡oh ciudad!

Mírame. ¡Encárnate como yo te he encarnado!
 No he rechazado nada de lo que me has ofrecido;
 Lo que has adoptado, yo lo he adoptado! Buena ó mala,
 jamás te discuto, amo todo lo tuyo, no condeno nada,
 Canto y celebro todo lo que posees,
 Pero no canto más la paz:
 En paz he cantado la paz, pero ahora el tambor de guerra
 es mi instrumento,
 Y la guerra, la roja guerra es el encanto que voy cantando
 por tus calles, ¡oh ciudad!

En las praderas

Declina la tarde en las praderas,
 La comida ha terminado, el fuego encendido á ras de tierra
 arde apenas,
 Fatigados, los inmigrantes duermen envueltos en sus
 mantas,
 Me paseo solo, deteniéndome de tanto en tanto á contem-
 plar las estrellas,
 Parece que jamás las he comprendido como en estos
 instantes.

Ahora me nutro de inmortalidad y de paz,
 Admiro la muerte, y verifico las proposiciones.

¡Qué riqueza! ¡Qué espiritualidad! ¡Qué condensación!
 El mismo hombre, y la misma alma de siempre, las mis-
 mas aspiraciones de siempre, y la misma conformidad.

¡Pensaba que no hubiera nada más espléndido que el día,
 hasta que he visto las maravillas de la noche!
 Creía en la suficiencia de nuestro Orbe, hasta el momento

en que en medio del más puro silencio emergieron millones
 de orbes desconocidos.

Ahora, mientras me anegan los grandes pensamientos del
 espacio y de la eternidad, quiero elevarme á su altura,
 Ahora me siento en contacto con las vidas de otros mun-
 dos, que acaso han llegado al mismo desarrollo que las vidas
 de la tierra.

En contacto con las vidas que aguardan la hora de igua-
 larnos, ó con los que han sobrepujado las vidas de la tierra,
 A partir de esta noche, los tendré tan presentes como mi
 propia vida.

A las vidas de la propia tierra, tan desenvueltas como la
 mía, les espera la hora de alcanzar análoga graduación.

Ahora veo que á semejanza del día, la vida no puede mos-
 trármelo todo.

Ahora comprendo que debo esperar lo que me revelará la
 muerte.

A ti, vieja causa

¡A ti, vieja causa!
 Tú, buena causa, incomparable, ferviente,
 Tú, dulce idea, austera, implacable,
 Inmortal, á lo largo de las edades, de las razas, de las re-
 giones,
 Después de una guerra extraña y cruel, una gran guerra
 hecha por ti.
 (Creo que todas las guerras de los tiempos pasados y todas
 las guerras futuras serán declaradas y hechas por ti.)
 Estos cantos son para ti, para tu eterno avance.

(Una guerra declarada ¡oh soldados! no sólo por ella misma,

sino por muchas, muchísimas cosas disimuladas detrás de ella,

La silenciosa espera, y que ahora van á manifestarse en este libro.)

—
¡Oh, tú, orbe hecho de innumerables orbes!
¡Tú, principio fervoroso! ¡tú, germen latente, preciosamente oculto! ¡tú, centro!
Alrededor de tu idea la guerra gira
Con todo su violento y furioso juego de causas.
(Con vastas consecuencias que surgirán dentro de tres mil años.)
Estos versos son para tu gloria,
Pues mi libro y la guerra son lo mismo.
Yo y mis poemas nos hemos amalgamado en ti, en tu espíritu,
Y lo propio que la lucha gira alrededor de ti...
Tal como una rueda sobre su eje, este libro, inconsciente de sí,
Gira alrededor de tu idea.

Imperturbable

Imperturbable, afirmándome cómodamente en la Naturaleza,

Amo de todo ó señora de todo, perpendicular en medio de las cosas irracionales,

Impregnado como ellas, pasivo, receptivo, silencioso como ellas,

Reconociendo que mi empleo, la pobreza, la notoriedad, la felicidad, los crímenes son menos importantes de lo que creía.

Yo que estoy en los parajes del golfo de México, ó en el Manhata ó en el Tennessee, al Norte extremo ó en el interior,

Minero ó pioner de los bosques, haciendo la vida de cual-

quiera de los cultivadores de esos Estados, ó del litoral, ó de los lagos, ó del Canadá,

En no importa qué lugar donde viva mi vida, sean cuales fueren las contingencias,

Sabré afrontar la noche, las tempestades, el hambre, el ridículo, los accidentes, los fracasos, como hacen los árboles y los animales.

Una extraña velada transcurrida en un campo de batalla

¡La extraña velada transcurrida en el campo de batalla!
Cuando tú, hijo y camarada mío, caíste á mi lado, ese día,
No te dirigí más que una mirada á la que tus caros ojos
contestaron con otra mirada que no olvidaré jamás,
Y la mano que trataste de levantar del suelo en que yacias
apenas si rozó la mía;

En seguida avancé en la batalla, donde la lucha continuaba
con iguales probabilidades,

Hasta que, relevado de mi puesto algo tarde en la noche,
pude volver al fin al sitio donde tú habías caído,

Y te encontré helado en la muerte, camarada querido, hallé tu cuerpo, hijo de los besos dados y recibidos (jamás vueltos á dar sobre esta tierra),

Descubrí tu faz á la luz de las estrellas (singular era la escena). El viento nocturno pasaba fresco y ligero;

Largo, largo tiempo pasé allí velándote, mientras á mi alrededor el campo de batalla se extendía confusamente;

Velada prodigiosa, deliciosa velada, allí, en la noche queda y perfumada,

Ni una lágrima cayó de mis ojos, ni un suspiro profundo exhaló mi pecho; largo, largo tiempo te contemplé.

Luego, extendiéndome á medias sobre la tierra, me mantuve á tu lado, con el menton hundido entre las manos,

Pasando horas suaves, horas inmortales y místicas, contigo, camarada querido,

Sin una lágrima, sin una palabra;

Velada de silencio, de ternura y de muerte, velada por ti,
mi hijo y mi soldado,

En tanto que allí arriba los astros pasaban en silencio, y
otros hacia al Oeste subían insensiblemente;

Suprema velada por ti, valiente hijo (no te pude salvar,
tan pronto fué tu muerte,

Vivo te amé rodeándote fielmente de todas mis sollicitu-
des; creo que volveremos á vernos seguramente);

Y cuando se iban las últimas sombras de la noche, en el
momento preciso en que apunta el alba,

Envolví á mi camarada en su manta, enrollé bien su
cuerpo,

Replegando cuidadosamente la manta por debajo de la ca-
beza, y cuidadosamente bajo los pies,

Y allí bañado en el sol levante, deposité á mi hijo en su
fosa, en su fosa toscamente abierta,

Terminando así mi extraña velada en el campo de batalla
envuelto en sombras,

Velada por el camarada muerto repentinamente, velada
que jamás olvidaré, ni cómo, al apuntar el día,

Levantándome de la helada tierra y envolviendo cuidado-
samente al soldado en su manta,

Lo sepulté allí donde cayera.

Un roble en la Luisiana

He visto un roble que crecía en la Luisiana:

Erguía enteramente solo, y el musgo pendía de sus
ramas,

Crece allí, sin ningún compañero, desplegando sus hojas
verde-oscúras.

Su aspecto de rudeza, de inflexibilidad, de vigor, me hizo
pensar en mí mismo,

Pensé cómo podría desplegar hojas tan alegres á pesar de
su soledad, sin tener á su lado un solo amigo

(Yo sé que no podría imitarlo);

Discurriendo así, rompí una de sus ramas, conservando
las hojas y el musgo que pendía de ella,

Luego, al alejarme, la llevé conmigo hasta mi alcoba, don-
de la coloqué visiblemente.

(No es que haya menester de su presencia para acordarme
de mis amigos;

En estos últimos tiempos no hago más que pensar en
ellos.)

Sin embargo, esta rama constituye para mí un símbolo
precioso, me hace pensar en el afecto viril;

A pesar de todo, y aunque este roble fructifica, allá en la
Luisiana, completamente solo en un amplio espacio descu-
bierto,

Proyectando año tras año sus alegres hojas, sin tener jun-
to á él un amigo, un tierno camarada,

Comprendo y reconozco que no podría imitarlo.

Pensamiento

Pienso en los que han alcanzado altas posiciones,
Cereemonias, riqueza, saber y demás ventajas.

(Para mi todo lo que han alcanzado se desprende de ellos,
excepto los resultados que dichas ventajas tienen para su
cuerpo y para su alma.

De modo que frecuentemente se me aparecen descarnados
y desnudos,

Y en vez de enaltecer, cada cual escarnece á los otros ó se
escarnece á sí mismo ó á sí misma,

Y en cada uno de ellos, el corazón de la vida, es decir, la
felicidad, está llena del infecto excremento de los gusanos,

Y con frecuencia, estos hombres y estas mujeres pasan,
Sin saberlo, ante las verdaderas realidades de la vida ilu-
minados por engañosas apariencias,

Atentos á lo que les impone la costumbre, y nada más,
Semejantes á sonámbulos dormidos, que andan tristes y
precipitados por las tinieblas.)

Silenciosa y paciente, una araña

Silenciosa y paciente, una araña,
Aislada en un pequeño promontorio, yo la veía,
Explorar el vasto espacio que la rodeaba,
Proyectando fuera de ella filamentos, filamentos, fila-
mentos,
Que devanaba y tejía infatigablemente.

Tú también, ¡oh alma! allí donde te hallas,
Oprimida, aislada, en los infinitos océanos del espacio,
Meditas sin cesar, te aventuras, buscas las esferas para
unirlas,
Hasta que el puente que has menester esté construido.
Hasta que el ancla dúctil arraigue firmemente,
Hasta que el hilo virginal que proyectas fuera de ti, se en-
ganche en algún lado, ¡oh alma mía!

Cuadro

Cuadro visto de una ojeada á través de un resquicio.
Un grupo de operarios y cocheros congregados alrededor
de una estufa en la sala de un bar, una tarde de invierno al
anochecer, y yo también, sentado en un rincón, inadvertido;
Un joven que me quiere y que yo estimo se aproxima en
silencio, y viene á sentarse á mi lado, contento de estrechar
mi mano,
Largo rato, en medio del ruido de las idas y venidas, de
las libaciones, de los juramentos, de las chanzas,
Quedamos allí, los dos, satisfechos, felices de estar juntos,
hablando poco, y á veces no pronunciando una palabra.

Este polvo fué antaño un hombre

Este polvo fué antaño un hombre,
Suave, simple, justo y resuelto, bajo cuya prudente mano,
Frente al crimen más abominable conocido en la historia
de todos los países y de todas las edades,
Se salvó la unión de estos Estados.

A los Estados

A los Estados, ó á cualquiera de entre ellos, ó á una ciudad
cualquiera de los Estados, le digo: *Resiste mucho, obedece
poco.*

Una vez admitida la obediencia sin protesta, es la servi-
dumbre total.

Una vez esclavizada totalmente, ninguna Nación, Estado
ó Ciudad de la tierra volverá á reconquistar su libertad.

España (1873-1874)

De los negros flancos de enormes nubes,
Entre los escombros del mundo feudal y los esqueletos
amontonados de los reyes,
De ese antiguo osario que es la Europa entera de las mas-
caradas hechas polvo,
Catedrales derrumbadas, palacios desmigajados, tumbas
levíticas,

¡Mirad! He aquí que aparecen las rejuvenecidas facciones
de la Libertad,
He aquí que aparece el mismo rostro inmortal. (Una visión
rápida como el rostro de tu madre ¡oh América!
Un relámpago significativo como el de una espada,
Luce hacia ti.)

No creas que te olvidamos, madre nuestra;
¿Has quedado largo tiempo atrás?
¿Las nubes van á cerrarse de nuevo sobre ti?
¡Ah! pero ya te has mostrado á nosotros, en persona,
Ahora te conocemos,
Dejándote entrever nos has dado una prueba infalible,
¡De que allí como en todos lados aguardas tu hora!

A un historiador

Vos que ilustráis el pasado,
Que habéis explorado lo externo, la superficie de las razas,
la vida que se deja ver,
Que habéis considerado al hombre como la criatura de la
política, de las colectividades, de los gobiernos y de los sa-
cerdotes;
Yo, habitante de los Alleghanjo, considerándolo tal como
es en sí mismo, en sus propios derechos,
Tomando el pulso de la vida que raramente se ha dejado
ver (la gran altivez del hombre, en sí propio),
Cantor de la personalidad, esbozando lo que aun está por
nacer,
¡Proyecto la historia del futuro!

La Morgue

A las puertas de la Morgue en la ciudad,
Como anduviera ocioso tratando de aislar me del tumulto,
Me detuve curioso.
¡Vedla, pues! Esta resaca de paria,
Una pobre ramera muerta que acaban de traer.
Depositán allí su cadáver, que nadie ha reclamado, yacen-
te sobre el húmedo suelo de ladrillos.
La mujer divina; su cuerpo,
No veo más que su cuerpo,
No miro más que eso,
Esa estancia ayer desbordante de pasión y de belleza, no
veo más que eso;
Ni el silencio tan glacial, ni el agua que fluye de la cani-
lla, ni los olores cadavéricos me impresionan,
¡Sólo la estancia, esa prodigiosa estancia, esa delicada y
espléndida estancia, esa ruina!
¡Esa inmortal estancia, más suntuosa que todas las hileras
de edificios contruidos y por construir!
O que el Capitolio de blanco domo rematado por una ma-
jestuosa estatua,
O que todas las viejas catedrales de flechas altivas;
Esta pequeña estancia es más que todo eso, pobre estancia,
estancia desesperada,
Bella y terrible despojo—alojamiento de un alma—, alma
ella misma;
Casa que nadie reclama, casa abandonada
Acepta un soplo de mis labios trémulos,
Acepta una lágrima que vierto en tanto me alejo pensan-
do en ti,
Estancia de amor difunta, estancia de locura y de crimen,
deshecha en polvo, triturada,
Estancia de vida, antaño llena de palabras y de risas,
Mas ¡ay! pobre estancia, ya estabas muerta por entonces;
Desde meses, desde años atrás, eras una casa amueblada
resonante, pero muerta, muerta, muerta.

Como meditaba en silencio

Como meditaba en silencio,
Considerando mis poemas, deteniéndome largamente en
ellos,
Un Fantasma de rostro desconfiado se levantó ante mí.
Terrible de belleza, de edad y de potencia,
El genio de los poetas del antiguo mundo.
Que mirándome con ojos de llama,
Señalando su índice sendos cantos inmortales,
Me dijo con voz amenazante: «¿Qué cantas tú?
¿No sabes que no hay más que un solo tema para los bardos
inmortales?
¿El tema de la guerra, la fortuna de los combates,
La creación de verdaderos soldados?»

«Sea—respondile entonces—;
Yo también, sombra altanera, canto de guerra, una guerra
más larga y más grande que otra alguna
Que contenía en mi libro, con suertes diversas,
Con marchas adelante y retiradas, con victorias diferidas
é inciertas,
(Sin embargo la victoria me parece segura, ó casi segura
al fin), teniendo el mundo por campo de batalla;
Guerra de vida y muerte, para el cuerpo y para el alma
eterna,
Oíd: yo también he venido para cantar el canto de los
combates,
Yo también, por encima de todo, suscito bravos soldados.»

¡Oh capitán! ¡Mi capitán!

¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha terminado,
La nave ha salvado todos los escollos, hemos ganado el
anhelado premio,
Próximo está el puerto, ya oigo las campanas y el pueblo
entero que te aclama,
Siguiendo con sus miradas la poderosa nave, la audaz y
soberbia nave;
Mas ¡ay! ¡oh corazón! ¡mi corazón! ¡mi corazón!
No ves las rojas gotas que caen lentamente,
Allí, en el puente, donde mi capitán
Yace extendido, helado y muerto.

¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Levántate para escuchar las
campanas.
Levántate. Es por ti que izan las banderas. Es por ti que
suenan los clarines.
Son para ti estos búcaros y esas coronas adornadas.
Es por ti que en las playas hormiguean las multitudes,
Es hacia ti que se alzan sus clamores, que se vuelven sus
almas y sus rostros ardientes.
¡Ven, capitán! ¡Querido padre!
¡Deja pasar mi brazo bajo tu cabeza!
Debe ser sin duda un sueño que yazgas sobre el puente.
Extendido, helado y muerto.

Mi capitán no contesta, sus labios siguen pálidos é in-
móviles,
Mi padre no siente el calor de mi brazo, no tiene pulso ni
voluntad,
La nave, sana y salva, ha arrojado el ancla, su travesía ha
concluído.

¡La vencedora nave entra en el puerto, de vuelta de su espantoso viaje!

¡Oh playas, alegraos! ¡Sonad, campanas!
Mientras yo con doloridos pasos
Recorro el puente donde mi capitán
Yace extendido, helado y muerto.

Allá á lo lejos...

Allá á lo lejos en una isla de maravillosa belleza,
Una antigua madre, acurrucada sobre una tumba, solloza su dolor;
Antaño reina, hogafío tendida en tierra, lívida y harapienta.

Sus viejos cabellos blancos caen en desorden alrededor de sus espaldas,
A sus pies yace inútil un arpa real, muda desde hace tiempo,

También ella hace mucho tiempo que yace allí muda,
Llorando sus esperanzas y sus herederos sepultados;
Su corazón es el más henchido de dolor que haya sobre la tierra

Porque es el más henchido de amor.

Oye un palabra, antigua madre.
No permanezcas más tiempo acurrucada allí sobre la tierra glacial, con la frente en tus rodillas.

No continúes allí, bajo el velo de tus viejos cabellos blancos en desorden;

Sábelo de una vez: el que lloras no está encerrado en esa tumba,

Fué una ilusión, el hijo que amas no había muerto en realidad,

El amo no había muerto, ha resucitado joven y robusto en otra región;

Mientras tú te lamentabas allí, sobre su tumba, junto á tu arpa caída en tierra,

El que lloras se ha evadido, soliviantado, de su tumba.
Los vientos le empujaban, y la mar le conducía,
Y hoy, con su sangre renovada y en flor,
¡Se mueve en un país nuevo!

Dadme vuestro espléndido sol

Dadme el espléndido y silencioso sol asaeteando en el total deslumbramiento de sus rayos.

Dadme el jugoso fruto de otoño, recogido maduro y rojo en el vergel,

Dadme un campo donde la hierba crece lujuriosa,

Dadme un árbol, dadme los racimos en el parral,

Dadme el maíz y el trigo nuevos, dadme los animales que se mueven con serenidad, y enseñan la conformidad,

Dadme estas tardes de absoluto silencio que se espacian sobre las antiplanicies al Oeste del Mississipi, en las que pueda elevar los ojos hacia los astros,

Dadme un jardín con magníficas flores, que perfumen la aurora donde pueda pasearme tranquilo,

Dadme un hijo que me enorgullezca; dadme, muy lejos y apartado del mundo, una vida doméstica y campestre,

Dejadme gorjear para mí solo, llenar de cantos espontáneos mi voluntaria reclusión,

Dadme la soledad, dadme la Naturaleza, restitúyeme, ¡oh Naturaleza! tus sanas primitividades.

Si; necesito que todo eso me sea dado (harto de sobreexcitación incesante y torturado por la lucha guerrera),

Pido sin cesar que me sea dado eso, lo pido á gritos que emergen de mi corazón,

Y sin embargo, á pesar de reclamarlo sin descanso, permanezco atado á mi ciudad,

Los días se suceden y los años pasan, ¡oh ciudad! y siempre piso tus calles,

Me tienes encadenado por mucho tiempo, rehusas dejarme partir,

Acordándome, sin embargo, el hacer de mí un hombre sa-
ciado, enriqueciendo mi alma con los millones de rostros que
constantemente me brindas.

(Ahora veo lo que deseaba huir, resisto á mis gritos, los
rechazo, veo que mi alma pisotea lo que más reclamaba.)

Guardad vuestro espléndido y silencioso sol,
Conserva tus selvas, ¡oh Naturaleza! y los recodos apaci-
bles á orillas de los prados.

Guarda tus campos de trébol y de centeno, tus campos de
maíz y tus vergeles,

Guarda los campos floridos donde zumban las abejas sep-
tembrales;

Dadme los rostros y las calles.

¡Dadme los fantasmas que desfilan incesantes á lo largo de
las aceras!

Dadme los ojos incontables.

¡Dadme los camaradas y los amigos á millares!

Que todos los días se renueven.

¡Que cada mañana mis manos estrechen nuevas manos
amigas!

Dadme espectáculos semejantes.

¡Dadme las calles de Manhattan!

¡Dadme Broadway, con los soldados que desfilan!

¡Dadme la sonoridad de las trompetas y de los tambores!

(Los soldados que desfilan por compañías, por regimientos.

Unos que parten ardientes y despreocupados,

Otros que han concluido su servicio y vuelven á las filas,
jóvenes y no obstante viejos, caminando sin fijarse en nada.)

¡Dadme las riberas y los muelles, con su pesada franja de
negras naves!

¡Oh! ¡que todo eso sea para mí! ¡Oh, la vida intensa, llena
hasta desbordar y diversa!

¡La vida de los teatros, de los cafés, de los *music-halls*,
de los hoteles enormes para mí!

¡La cantina del barco á vapor!

¡La multitud de los excursionistas!

¡Las procesiones nocturnas al resplandor de las antorchas!

La brigada de densas filas que parte para la guerra seguida
de furgones militares en los que se amontonan sus provi-
siones;

Gentes de todas layas y procedencias, en oleadas mundia-
les, con voces fuertes, con pasiones y espectáculos imponentes,

Las calles de Manhattan con su potente palpitación, con
tambores que redoblan como ahora,

El coro rumoroso y perpetuo (el resbalar y el chis-chás de
los fusiles, la vista misma de los heridos)

¡Las olas de Manhattan con su coro turbulento y musicall
Los rostros y los ojos de Manhattan, dádmelos todos para
mí.

Hijos de Adam

Yo, el poeta de los Cantos Adámicos,
Desbordante de vida; fálico, poseedor de potentes y origi-
nales riñones, perfectamente puro,
Indestructible, inmortal, retorno á través de las edades.

Ahora recorro el nuevo Edén, el gran Oeste de mi raza,
evoco sus capitales,

Mientras me abandono á mi delirio. Anunciando la venida
de cuanto es engendrado;

Ofreciendo estos Cantos, ofreciéndome yo mismo,

Bañando en el sexo mi ser y mis himnos,

Retoño de mi semen.